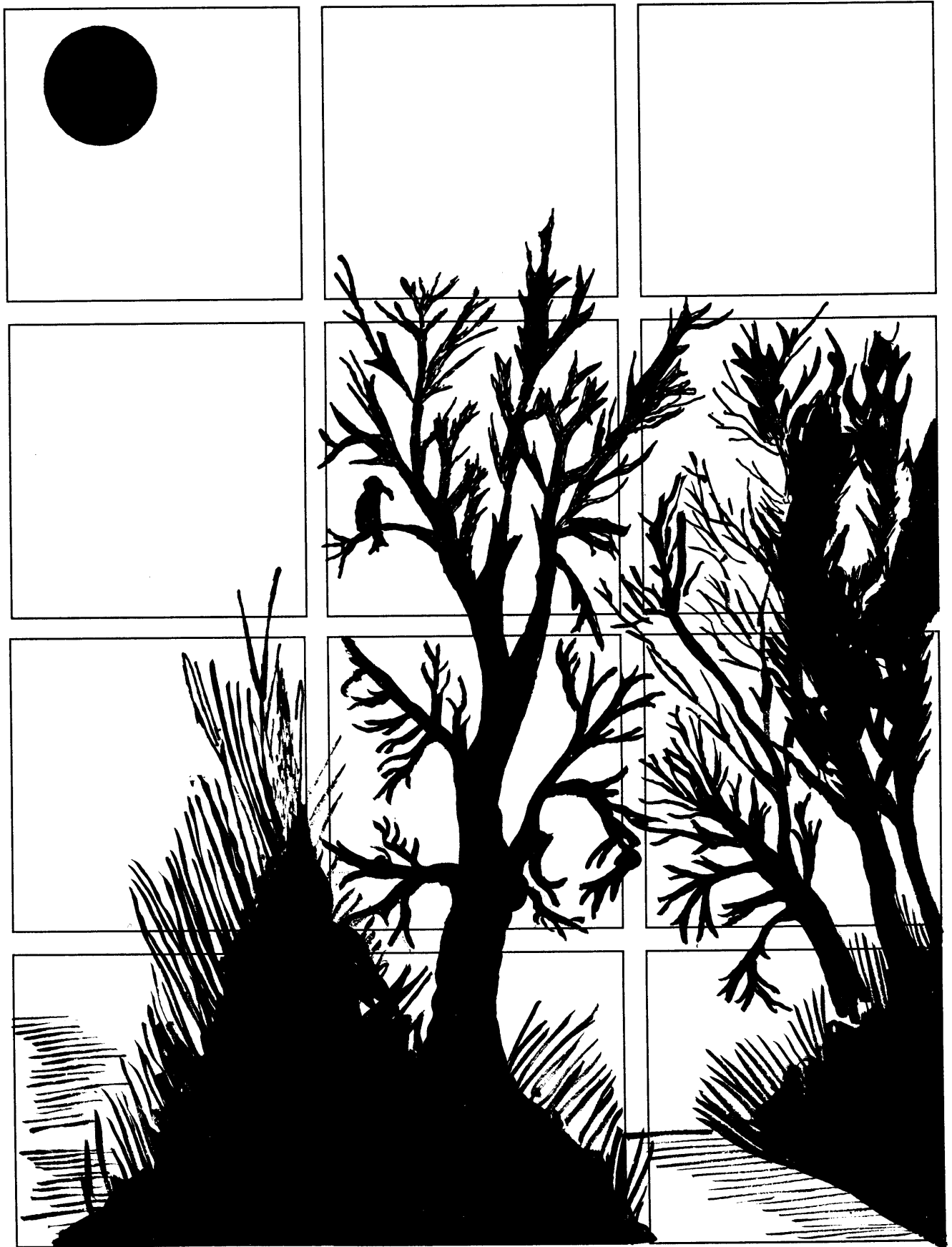




Dibujos: Libro, Silhouettes (A Pictorial Archive of Varied Illustrations)

CORAL BRACHO O LA ESCRITURA QUE REINVENTA EL UNIVERSO

Alejandra Herrera*

Dos medios expresivos se unen en el volumen titulado *Tierra de entraña ardiente* (Galería López Quiroga, México, 1992): el de la luz y la sombra de la obra plástica de Irma Palacios y el de la palabra escrita de los poemas de Coral Bracho. Sin embargo, en este caso no se puede hablar del principio de asimilación enunciado por Gillo Dorfles en *El devenir de las artes*. Iré por partes. Según este autor, las artes se distinguen por el medio, el material físico, con el que trabaja el artista. Cuando un medio se pone al servicio de otro arte y soslaya su autonomía en aras de la expresividad del ajeno, se da lo que se llama principio de asimilación. La ópera sería un buen ejemplo de este fenómeno; el medio expresivo de la literatura, la palabra, deja de importar como tal para asimilarse a la música, su valor, por lo tanto, ya no será literario, sino musical. En el caso de este poemario se trata más bien de una conversación entre dos lenguajes distintos: los dibujos y litografías de Irma Palacios y la poesía de Coral Bracho. Esta última se inspira en los temas plásticos para de allí construir entidades poéticas. Ambas artistas evocan, a través de medios distintos, una misma realidad: la tierra primigenia, la

madre nutricia y sus criaturas. En adelante me referiré únicamente a los poemas contenidos en este volumen.

Entre los cuatro elementos que Coral Bracho explora a lo largo de este libro no es casual que inicie con la "Tierra viva", el origen, la madre por excelencia. Pero no es la tierra pasiva, receptiva, que necesita complementarse con lo masculino para procrear, la evocada aquí es "Materia de ebriedad y de dulzura / que a sí misma se engendra, / que en sí misma se vierte" (p. 8).

De este modo la voz poética se asume a sí misma como la tierra generadora, autosuficiente, que crea a través del lenguaje fecundando imágenes plenas de luces y sombras:

Un ave oscura vigila
la gruta blanca del olvido;
Cristal de roca, silencio,
agua,
cordajes de ébano (p. 43).

En este sentido, para la autora hay una tácita identidad entre tierra y palabra, ambas son un útero primigenio y

poderoso que guarda la semilla y la memoria de la especie.

El agua es otro elemento fundamental en este poemario, y aunque "En estas tierras el agua / es oscura raíz" (p. 15), también es amorosa unión, como se muestra en los siguientes versos:

HEBRAS DE SAL

Viento y piedra
se funde, agua y viento
en un reino fluido
y subterráneo. Sus corrientes secierran
en estanques profundos. Ecos que en ellos
giran
y se reflejan. Voces
que se concentran. Sobre el lecho de un
tiempo dúctil
y primigenio
vuelcan un mineral de soles líquidos.
Dejan hebras
de sal.

Podría afirmarse que en este poema, donde predominan la irregularidad silábica y los versos encabalgados, se da lugar a una celebración que recuerda el punto de partida, los orígenes, el caos húmedo del que todo tendrá que surgir. Los espacios naturales a través del discurso lírico adquieren un sentido erótico que emparenta al hombre con la naturaleza, y así éste redescubre su relación con lo natural, un rostro verdadero que no está separado de la vastedad

*Licenciada en Filosofía. Profesora-investigadora del Departamento de Humanidades de la UAM-Azcapotzalco.

del universo, porque no hay desacuerdo entre hombre y naturaleza; sólo olvido. Así, el viento y la piedra, el agua y el viento, lo masculino y lo femenino, se funden. La actividad sexual es el inicio del nacimiento, de la regeneración. La unidad vence a los contrarios y la unión por excelencia es el amor. Coral Bracho describe con delicadeza esta dulce "orgía" de elementos mediante imágenes sugestivas e inteligentes. En su poesía la idea es el agua que esclarece el mundo de los hombres.

Los poemas contenidos en este volumen lejos de ser un recipiente en el que se puedan verter únicamente las emociones, son un juego de ideas que contiene a su vez lo afectivo. Generalmente en el discurso poético el logos se subordina a lo lírico, pero en este caso se manifiesta un equilibrio, una tensión entre emoción y razón, no hay acontecer que sustente el discurso; sí, en cambio, captura de la emoción inteligente, mediante el juego de opuestos:

(...) Entre la vida
y la muerte
está el reflejo.
Una en otra convergen

se contienen (...)

De este modo la muerte no es la negación de la vida, sino su afirmación; la muerte es el opuesto que la sostiene, su fundamento es la conciencia herida pero gozosa de que la muerte es para que la vida sea:

Encandilado (el becerro), atento, penetrado de luz,
siente el punzón de las tinieblas,
el gozo inquieto
y embriagado; la herida lenta
de ser (p. 31).

Los poemas de Coral Bracho no explican los fenómenos, los revelan, los evocan para que el lector los pueda a su vez reinterpretar o reconocer con una carga de sentidos diferente. La relación cotidiana, práctica e inmediata queda suspendida para que surja una diferente

manera de enfrentar o percibir el mundo: la estética:

El mármol negro
de la noche
gotea en la luz (p. 26).

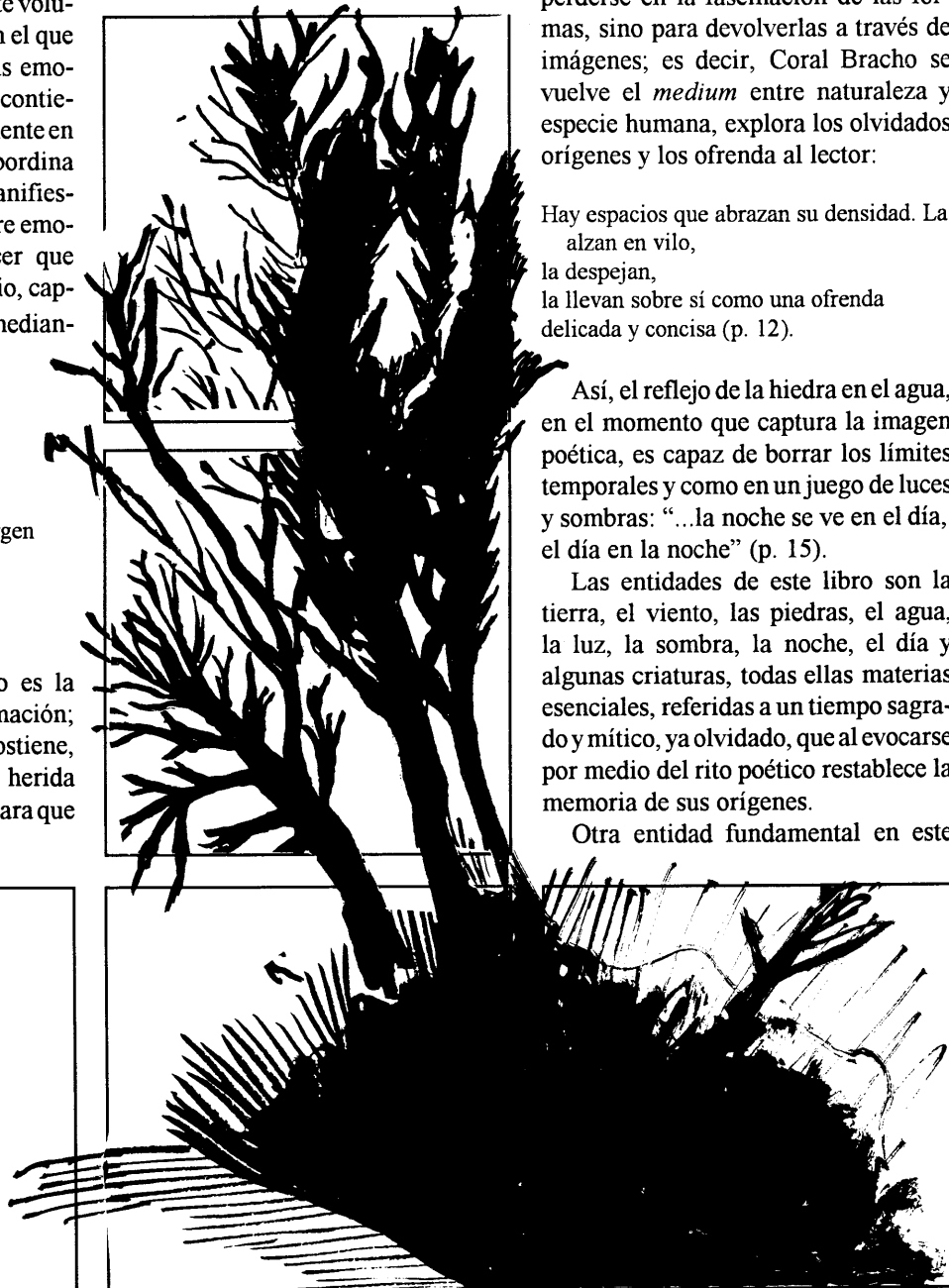
En estos poemas no hay "yo" ni "tú" ni "nosotros", el yo poético se diluye en "lo otro", se convierte en un ojo atento que se funde con el movimiento y las maravillas de la naturaleza, pero no sólo para observar o perderse en la fascinación de las formas, sino para devolverlas a través de imágenes; es decir, Coral Bracho se vuelve el *medium* entre naturaleza y especie humana, explora los olvidados orígenes y los ofrenda al lector:

Hay espacios que abrazan su densidad. La
alzan en vilo,
la despejan,
la llevan sobre sí como una ofrenda
delicada y concisa (p. 12).

Así, el reflejo de la hiedra en el agua, en el momento que captura la imagen poética, es capaz de borrar los límites temporales y como en un juego de luces y sombras: "...la noche se ve en el día, el día en la noche" (p. 15).

Las entidades de este libro son la tierra, el viento, las piedras, el agua, la luz, la sombra, la noche, el día y algunas criaturas, todas ellas materias esenciales, referidas a un tiempo sagrado y mítico, ya olvidado, que al evocarse por medio del rito poético restablece la memoria de sus orígenes.

Otra entidad fundamental en este



poemario es el lenguaje por sí mismo, y esta idea se refuerza en "Un niño alumbraba con su voz un recinto" (p. 35). Cabría preguntarse ¿por qué con su voz y no con los cabellos, la sonrisa o su sola presencia? Parecería como si Coral Bracho quisiera subrayar que la voz, el lenguaje, es lo que alumbraba, lo que devuelve al hombre la posibilidad de dialogar, pero no como un lenguaje que intercambia sólo ideas, sino como la voz antigua, la primera que en el origen separó el cosmos del caos. El rumor que aún permanece entre las ruinas es una voz, la palabra plena de acentos y emoción.

El jaguar luminoso
sobre el muro de cuarzo
es la noche en llamas;
es la trama del agua penetrada de sol, su
movimiento.

La imagen del jaguar es y no la de la realidad, pero la trasciende porque aquí el jaguar es una luz que evoca un mundo arcaico, su piel es un cielo tachonado de estrellas.

En este libro se advierte un enlace entre el universo y la poeta, se trata de un viaje de regreso al mundo primigenio. Jehová en el Génesis origina el universo. Con su luz creadora establece el cosmos en la caótica oscuridad, separa las aguas de la tierra y las torna fértiles, hace al hombre y lo integra al paraíso. Ahora, sin embargo, éste ha roto el pacto con la naturaleza, ha descubierto sus leyes secretas y olvida su ser primigenio. Por eso Coral Bracho, en un tiempo "quieto" y "dúctil", recons-

truye al mundo, un paraíso que se perdió, porque las palabras de los hombres ya no son lo que eran, se han vuelto un balbuceo y es al poeta a quien corresponde reinventar el plano cósmico a través de las palabras. Pues "(...) el poeta no se sirve de las palabras. Es su servidor. Al servir las, las devuelve a su plena naturaleza, les hace recobrar su ser. Gracias a la poesía el lenguaje reconquista su estado original. En primer término, sus valores plásticos y sonoros, generalmente desdeñados por

el pensamiento; en seguida, los afectivos; y, al fin, los significativos. Purificar el lenguaje, tarea del poeta, significa devolverle su naturaleza original" (Octavio Paz, *El arco y la lira*, p. 48).

La búsqueda de la autora es por la claridad de la escritura, la transparencia de la idea que permita tender redes entre sentir y pensar, noche y día, luz y sombra, muerte y vida, porque en realidad no hay opuestos, todo confluye en el universo y todo es condición para que lo otro sea. La poesía de Coral Bracho cae así en la lógica de la imprecisión, y entonces la ambigüedad se adueña de sus criaturas, igual que en las fiestas sagradas en donde se interrumpe la actividad cotidiana y se pierde momentáneamente todo lugar preciso, para restablecer la unidad cósmica que contempla a todos los contrarios. Poesía de los sentidos, de ideas femeninas y solitarias, de mitos concentrados en imágenes capaces de restablecer la unión del hombre con un tiempo circular y con un espacio original en el que todo es ritmo y fertilidad, en donde los niños, que son el principio de la historia, habrán de repoblar esa tierra con voces que alumbran las ruinas y con ojos deslumbrados.

